

CONSTRUIR UNA AMÉRICA LATINA PLURICULTURAL PARA CONTRIBUIR PROACTIVAMENTE A UNA MUNDIALIZACIÓN ALTERNATIVA

Pedro Trigo S.J.

Vamos a enunciar a modo de tesis lo que pensamos que constituye estructuralmente el momento por el que atravesamos: América Latina está entrando en una nueva época histórica cuando no acaba de asumir la nueva época mundial. Tiene, pues, dos tareas simultáneas, y no tiene viabilidad histórica si no las resuelve ambas. Pudiera pensarse que son inversamente proporcionales, pero no es así, por el contrario, sólo si entra decididamente en su nueva época, estará en condiciones de asumir la mundialización, no de modo apendicular sino como una región de la que no podrá prescindir el mundo. Pero esto no será posible, si prevalece la dirección dominante que actualmente comanda el proceso de globalización. El que América Latina asuma decididamente la nueva configuración que exigen en ella los sujetos sociales emergentes la capacitará para intervenir eficazmente en el proceso en marcha de cambiar esa dirección dominante del proceso de globalización, en alianza con otras fuerzas de las diversas regiones e incluso con otras regiones del mundo como tales. Desarrollemos la tesis.

LOS TRES PERÍODOS DE LA SEGUNDA ÉPOCA LATINOAMERICANA

Brevemente tenemos que recordar que América Latina ha tenido hasta ahora dos épocas: la amerindia y la peninsular. No podemos verlas como tesis y antítesis, como una época en la que se vivía una vida armónica y feliz, la época del buen salvaje que imaginaron los ilustrados del siglo XVIII, y otra época desdichada por la intervención foránea que la desquició. Ambas épocas están atravesadas por movimientos de pueblos, conflictos y establecimientos con contradicciones internas. La prueba más clara de esto es que el establecimiento de los españoles se lleva a cabo en cada caso con la ayuda de pueblos amerindios, que los creyeron aliados para liberarse de pueblos indígenas que los sojuzgaban. Así sucedió en el sur del mar Caribe donde los caribes estaban dominando a los arawak o en el altiplano mexicano donde el asedio y asalto de Tenochtitlán sólo fue posible porque el número de los indígenas que adversaban a los aztecas y que vieron en los recién llegados unos salvadores superaba al de los aztecas y sus aliados o en el área andina, por ejemplo en el actual Ecuador, donde los saraguros, salasacas y otavalos se aliaron a los españoles para enfrentar a los incas que los acababan de dominar o en el actual Paraguay donde los gauraníes recibieron a los que remontaban el río para que como aliados los ayudaran a mantener a raya a los guaycurúes.

Es obvio que las esperanzas de estos pueblos se vieron frustradas. Sólo lo traemos a colación para recalcar que, como toda la historia humana, esta primera época, al menos en lo que la conocemos, que estaba ya muy internamente diferenciada, no fue la época del buen salvaje sino de pueblos que a veces convivieron y a veces lucharon por un territorio o por la supremacía y el acceso a recursos. Por supuesto que esta época es mucho más rica que lo que los ideólogos de la siguiente se esforzaron por mostrar.

La segunda época comprende tres períodos. En el primero comparten la hegemonía los nacidos en la península ibérica y los gobiernos peninsulares, por un lado, y los peninsulares nacidos en América por otro. Los peninsulares poseían la administración de los virreinos, las capitanías generales y las gobernaciones, tanto a nivel ejecutivo como judicial (las audiencias) y económico (las intendencias de hacienda). Los peninsulares americanos afincaban su dominio en la tierra de la que eran señores y en los cabildos, muy importantes, ya que hasta los borbones el Estado era el producto de un pacto de la corona con ellos: las cortes, a las que convocaban los reyes, estaban compuestas por los delegados de las ciudades.

La emancipación da paso al segundo período: los peninsulares americanos, llegados a la mayoría de edad, rompen la dependencia de los gobiernos peninsulares y expulsan a los nacidos en la península que no acepten el nuevo estado de cosas. Es emancipación y no independencia porque los peninsulares americanos expulsan al gobierno peninsular para ser ellos los únicos señores de los demás nacidos en América. Así surgen las repúblicas señoriales, que, a pesar de la crisis del siglo XIX, se mantienen hasta mediados del siglo XX.

Entonces se conquista la democracia, que es el tercer período. Ésta consiste en que, por la presión popular, con el liderazgo de la clase media, los criollos dan paso a los acriollados para que compartan con ellos el poder. Los no étnicamente occidentales son admitidos a posiciones rectoras cuando se occidentalizan culturalmente. Esta occidentalización tiene lugar sobre todo mediante cuatro canales: educación de masas, medios masivos de comunicación, partidos políticos de masas, trabajo moderno en un horario establecido y bajo régimen asalariado y no por tareas, como se hacía tradicionalmente, bajo régimen capitalista. La democracia no se expresa sólo ni principalmente en el voto universal sino en la posibilidad, tendencialmente para todos, de una educación a la altura del tiempo como palanca de ascenso social, superados los prejuicios estamentales, y el acceso a una salud básica aceptable, que permitió liberar energías para los procesos complejos de modernización, que implicaron ascenso social y, más básicamente, salida de la pobreza extrema.

A pesar de todos estos avances, el período de la democracia de masas pertenece todavía a la segunda época porque, aunque se reconocen las diversas etnias, se mantiene el paradigma occidental para su reconocimiento; es decir se reconoce a los de etnias no occidentales sólo en cuanto hayan asimilado la cultura occidental. Este tercer periodo se mantiene, pues, en la época de los peninsulares, ampliada a época de los occidentales por las migraciones de fines del siglo XIX y principios del XX, sobre todo al cono sur, y, más aún, las de mediados de ese siglo en todo el continente.

LA TERCERA ÉPOCA LATINOAMERICANA

La tercera época se abre cuando un creciente número de personas de etnias no occidentales y de culturas indígenas, afrolatinoamericana, campesina y suburbana, pugnan con denuedo por adquirir los bienes civilizatorios y aun culturales del occidente mundializado, pero no, como lo habían hecho hasta entonces, para blanquearse, para dejar de ser lo que eran, occidentalizándose, sino para serlo más plenamente, para tener viabilidad histórica como seres de sus propias culturas. Por eso luchan igualmente por adquirir cuotas crecientes de poder político y por administrarlas directamente, sin aceptar ya la mediación de los partidos tradicionales que decían representarlos.

Es pertinente preguntar por qué si hasta entonces habían aceptado la propuesta de la democracia modernizadora, en el sentido de occidentalizadora, en un momento dado cambian de

dirección. Creo que la causa es doble. Ante todo, el frenazo a la promoción popular, sea con regímenes de la seguridad nacional, sea, como en el caso de Venezuela, con el viraje de los partidos que dejan de mediar entre las clases y se convierten en meros representantes del orden establecido. Al sentirse abandonados por el Estado, comienzan a hacerse cargo de que ese Estado y más aún toda la institucionalización vigente no los representa. Y empiezan a luchar por una institucionalización en la que se reconozcan.

Ahora bien, lo que aprendieron a lo largo del proceso de promoción popular, y sobre todo lo que él significó como acontecimiento, que fue desligarse de lo rutinizado y movilizarse, también fue importante para hacerse cargo de sus posibilidades y de su identidad. En este proceso tan esforzado y positivo no sólo descubrieron nuevas posibilidades, sobre todo la posibilidad de asumir los bienes civilizatorios y muchos bienes culturales del occidente, sino también se volvieron a descubrir a sí mismos como seres históricos, es decir no como sobrevivientes del pasado (pueblos testimonio, en la terminología de Darcy Ribeiro¹) sino como seres con historia y con capacidad de seguir haciéndola.

Durante la primera mitad del siglo XX en los círculos pensantes continuó la apreciación de los indígenas como etnias sin futuro y como culturas en estado casi de descomposición, reducidas casi a subculturas de la pobreza. De ellos sólo se podía esperar y/o temer las revueltas de los desesperados², pero no revoluciones superadoras y menos aún procesos de transformación autosostenidos. Lo mismo podemos decir de los campesinos. Eran tenidos como paradigma patético del inmovilismo rutinario. Sin embargo, el éxodo a las ciudades, que hizo surgir los barrios y dio lugar a los procesos de modernización, hizo ver las ingentes virtualidades de esos grupos humanos, por los que nadie apostaba.

En definitiva es innegable un resurgimiento, tanto de las etnias y culturas no occidentales, que son las indígenas y la afroamericana, que se encuentran más o menos mestizadas, es decir con fuertes rasgos de occidentalización, como de las mestizas campesinas y suburbanas, que son culturas y etnias nuevas (en la nomenclatura de Darcy Ribeiro³). Ambas luchan porque Nuestra América deje de definirse como latina. Nadie lo entiende en el sentido de que no sea también latina, nadie piensa que tengan que devolverse a Europa los americanos occidentales y que esta región del mundo vuelva hacia atrás, a la época amerindia. No es posible desandar la historia. Tampoco se desea una vuelta a la tortilla que la transforme en indígena o negra o mestiza. Se lucha porque la cultura occidental dominante dé lugar a las demás culturas, no sólo para que se expresen como hasta hoy en sus ámbitos particulares y subalternos sino para que esas culturas impriman su sello en el continente como tal, conjuntamente con la occidental: en la configuración institucional, en el ambiente público, en el horizonte compartido, en el modo de relacionarse.

Hay que recordar que las demás culturas aprecian a la cultura occidental y quieren que esta cultura tenga una presencia vigorosa en la región, de manera que pueda catalizar procesos de asunción de muchos de sus bienes civilizatorios e incluso culturales por parte de las demás culturas.

Lo que no están dispuestas a tolerar por más tiempo es que la cultura occidental tenga el monopolio de la configuración de la región y de su representación ante las otras regiones y los

¹ *Las Américas y la civilización*. Biblioteca Ayacucho, Caracas 1992,85-186

² A nivel simbólico la novela del ecuatoriano Jorge Icaza, *Hausipungo* (1934), expresaría esas revueltas de la desesperación, que no eran hitos de un camino hacia la emancipación sino pataleos del que está en peligro próximo de ahogarse y dirigida por eso, no a los propios indígenas, analfabetas, sino a provocar la indignación de la clase media para que redimiera a los indígenas.

³ Id, 187-375

organismos multinacionales. En definitiva luchan porque todos y sobre todo los occidentales americanos acepten que somos un continente multiétnico y pluricultural, y que acepten por tanto que esa pluralidad no se exprese ya más como una composición de dominantes y dominados, de quienes se creen superiores y sólo reconocen a los demás como distintos si éstos se aceptan en su lugar subalterno sino como una aceptación en pie de igualdad de cada una de las etnias y culturas por parte de todos y cada uno de los habitantes de la región. Se pide, pues, un acto de reconocimiento: que el reconocimiento que cada uno hace de sí incluya el reconocimiento que hace de los demás como otros distintos y de igual dignidad, o, desde otra perspectiva, que cada quien se reconozca en el acto de responder al reclamo de las otras culturas y etnias, o, más precisamente, de las etnias y culturas preteridas y subordinadas hasta ahora.

Esto no equivale a una mera coexistencia pacífica de los distintos individuos, grupos y naciones sino que exige un reconocimiento positivo de las demás etnias y culturas que se exprese en relaciones horizontales y mutuas, es decir en interacción simbiótica, que dé lugar a una nueva institucionalidad en los Estados y en las diversas instituciones de la región, que consagre la multietnicidad y pluriculturalidad y de ese modo la resguarde y fomente.

EXIGENCIA DE UNA TOMA RADICAL DE POSICIÓN

Creo que es decisivo para nuestra constitución como sujetos humanos que veamos claro que ésta es la dirección de nuestra historia, que lo que hoy está en juego es la constitución de esta tercera época de nuestra región, que implica su redefinición.

Pero no se nos pide sólo ver claro, ya que no somos espectadores sino componentes activos de ella. Se nos pide también que la demos paso, no sólo, que no es poco, no oponiéndonos activamente a que se configure sino viéndonos dentro de este proceso, no como un destino fatal sino como bueno, como ganancia para nosotros.

Por eso probablemente se nos pida también que reconfiguremos nuestra identidad, al menos en el sentido de nuestra percepción de las otras etnias y culturas y nuestra relación con ellas y con los sujetos humanos pertenecientes a ellas.

Si lo tomamos en serio, percibiremos que esto no es tan fácil, más aún que nos resultará imposible llevarlo a cabo sin un verdadero aprecio por esos seres humanos concretos, incluida su condición de seres culturales. No basta un amor de conmisericordia y ni siquiera la misericordia basta; es indispensable la valoración, el aprecio, la estima, lo que podemos llamar amor de cabeza. Él exige que nosotros como seres culturales dejemos de ser el paradigma, que nos relativicemos para que así puedan caber ellos con sus culturas al lado de nosotros con la nuestra. Insisto en que, si lo tomamos en serio, veremos que esto no es tan fácil, que no se da únicamente por la decisión sincera de ayudar, incluso con sacrificio propio, sino que es indispensable que los valoremos positivamente en concreto y que también en concreto nos relativicemos, no sólo como individuos sino como seres culturales.

ACCIONES Y REACCIONES QUE AÚN NO SE DEFINEN EXPLÍCITAMENTE NI SE ENCAUZAN SUPERADORAMENTE

Hay que reconocer que, si por un lado está en marcha el movimiento hacia la constitución de esos nuevos sujetos y la conquista de su reconocimiento y hacia la instauración de esta nueva institucionalización, por otro ese movimiento histórico, cada vez más poderoso y con más determinación, no tiene, como es normal, suficiente distancia histórica como para plantear con esta explicitud el sentido de su marcha. Insisto que en la práctica sí va en esa dirección, pero, al estar enfrascado en los asuntos concretos, no la teoriza en toda su amplitud y trascendencia, ni para sí mismos ni ante los demás.

Por otro lado a los criollos (en el sentido preciso de españoles americanos, como se caracterizaba a sí mismo Bolívar⁴, y más en general de occidentales americanos), que en el fondo intuyen adónde va este movimiento histórico, les da tanto pánico que llegue el fin de su época, que no son capaces de enfrentar el tiempo histórico que se abre y de resituarse en él, ya que nadie les niega un puesto en lo que se está fraguando. El problema de fondo es que, como no se ven en lo que pugna por instaurarse, luchan porque no llegue, poniendo en juego sus resortes más viscerales, porque juzgan que en ello les va la vida. La mayoría lo ven como un dilema, que equivale a una lucha a muerte: o ellos o nosotros. Como no son capaces de imaginar de otro modo su hábitat, que es su querencia, el fruto de su stirpe; como no son capaces de verse ellos mismos relacionándose de modo diverso con los que hasta ahora han sido subalternos, se aprestan a defender a como dé lugar lo que creen que es suyo.

No podía esperarse que esta nueva época adviniera por una toma progresiva de conciencia por parte de las diversas etnias y culturas de lo que es conveniente para el bien de todos y por una disposición mancomunada a llevarlo a cabo. Es normal que los occidentales, que dominaron en el período de modernización con una cierta hegemonía, que perdieron en la crisis del desarrollo y advenimiento de la globalización y que ahora se imponen con una mezcla de hiperideologización e imposición despótica, vean como una amenaza el empuje de los pueblos y los intentos de redefinir las repúblicas y más en general el área como multiétnica y pluricultural en estado de justicia e interacción simbiótica. Enfrascados como están en insertarse en la globalización, les parece que esos intentos son antihistóricos ya que para ellos habría que concentrar todas las fuerzas en entrar en la globalización en los términos en que está planteada, que implica una occidentalización homogeneizadora, aunque subsistan las demás culturas como usos y costumbres, en cuanto no sean disfuncionales para lo único decisivo que es ingresar en esta nueva época globalizada.

Tampoco es realista pensar que los humillados y ofendidos surgieran sin pretender ajustar cuentas de algún modo con sus antiguos dominadores, que se encaminaran hacia una América pluricultural sin resentimiento ni mimetismo, buscando meramente componer lo suyo con lo occidental, como se ha venido haciendo insensiblemente a lo largo de estos siglos en la vida cotidiana. Es normal que líderes espurios atizaran estos sentimientos en vez de encauzarlos como emulación positiva en la tarea histórica de constitución de una América realmente ecuménica.

Sin embargo, también podía esperarse que minorías de ambos bandos hicieran planteamientos más dialécticos, que hicieran ver a unos y otros no sólo que cabemos todos sino que todos somos indispensables para responder a los retos complejos de la hora, aunque unos y otros hemos ceder en no pocos puntos. Sin embargo, por el lado de los que ponen todo su esfuerzo

⁴ Carta de Jamaica. En *Doctrina del Libertador*. Biblioteca Ayacucho. Caracas 2009,68,73-74,88-92

en sumarse a la globalización, hasta ahora parece llevar la voz cantante, la insensibilidad respecto de la pavorosa desigualdad de la región y su desconocimiento de las virtualidades que ofrece este movimiento de los pueblos, y por el lado de los que liderizan el movimiento hacia una América pluricultural, la incapacidad de superar el resentimiento y comprender que necesitamos el concurso de los que han asimilado la última revolución tecnológica. La autoafirmación en la actual correlación de fuerzas y la lucha por la afirmación de la identidad cultural negada parecen consumir hasta ahora la mayor parte de las energías.

De este modo lo que podría abrirse con el concurso de todos y para bien de todos, se está desarrollando como la lucha de las mayorías ante la resistencia cerril de quienes todavía controlan las instituciones, una lucha que, al agriarse, enciende animosidades, cuando lo que requiere el tiempo es el concurso de unos y otros para una tarea que es superior al estado actual de cada grupo y demanda el crecimiento de unos y otros para estar a la altura del reto histórico.

Porque el reto histórico es consolidarnos como región multiétnica y pluricultural en estado de justicia, emulación y solidaridad, para así poder hacer frente al desafío de entrar como región específica en el proceso de configurar una mundialización policéntrica y simbiótica en la que los frutos de la última revolución tecnológica den de sí armónicamente para el bien de todos en un proyecto compartido y sustentable.

POLARIZACION POR AUSENCIA DE GRUPOS QUE ASUMAN A LA VEZ LAS DOS TAREAS PENDIENTES E IMPOSTERGABLES

Ante la ausencia de grupos que comprendan el sentido de los retos de la hora y estén dispuestos a contribuir resueltamente a que fragüe la nueva época para que estemos en condiciones de entrar productivamente a la mundialización, el escenario se está tornando cada vez más polarizado.

El polo que todavía acumula más poder lo constituyen grupos de derecha recalcitrante que sólo tienen ojos para la globalización y la conciben en la dirección dominante de esta figura histórica comandada por el capital financiero y las corporaciones mundializadas, a cuyo servicio están las grandes potencias y que controlan los organismos multilaterales. Estos grupos hasta ahora se habían aliado a los regímenes de Seguridad Nacional y a viejos partidos conservadores. Ahora se están constituyendo en partidos políticos para gobernar directamente.

No es fácil que lleguen al poder democráticamente y menos aún que lo conserven ya que sus intereses están objetivamente en contra de los de las grandes mayorías para las que no hay espacio ni esperanza en la dirección dominante que ha tomado hasta hoy la globalización. Por eso, el esfuerzo inaudito de ideologización para hacer pasar como necesidad histórica lo que no es sino corporativismo infecundo y finalmente suicida. Hacen valer el prestigio del dinero con el poder que él otorga, y manejan sobre todo el chantaje de que ellos son la única alternativa: o nos subimos, dicen, al tren en marcha de la globalización, sometiéndonos a sus dictados y por tanto aumentando exponencialmente la competitividad, lo que requiere sacrificios muy drásticos y prolongados, o no tenemos viabilidad histórica. También se apoyan en el desgaste irreversible de los partidos tradicionales. El esquema del populismo, ferozmente caricaturizado, es inviable. Al enfatizar esto, están exigiendo que se acepte el trabajo prácticamente esclavo (el eufemismo legal es la flexibilización del contrato de trabajo) y la reducción al mínimo de los impuestos al patrimonio y a las ganancias, es decir, los impuestos progresivos, concentrándolos en el impuesto al consumo,

con la consiguiente disminución drástica de la seguridad social y más en general de los servicios sociales gratuitos. Si este esquema se impone, se consuma el sacrificio de las mayorías para que marche un sistema en el que no caben sino como hormigas laboriosísimas que sólo tienen derecho a lo necesario para su conservación y reproducción.

El otro polo, ascendente, es el de líderes que representan a las etnias y culturas preteridas y que, apoyados en ellas, proponen el ascenso al poder de los de abajo como seres culturales y desde él su desarrollo en todos los campos, lo que conlleva el desarrollo de sus culturas.

El problema es que hasta hoy estos líderes, al desconfiar de las instituciones por el estado decadente en que se encuentran y más aún por su carácter criollo, proponen el ascenso popular sin institucionalizar los procesos, ejerciendo más bien una relación directa con el pueblo y resolviendo cada problema y aun cada caso particular mediante operativos.

Los problemas son tan extremos y agobiantes que su gravedad y urgencia puede hacer aparecer como imprescindible ese método ya que, se argumenta, los problemas no pueden esperar hasta sanear las instituciones. Pero, haciéndolo así, se olvida que la realidad es una trama abierta y dinámica de estructuras y que, por tanto, sólo se avanza realmente cuando los cambios llegan a cuajar en estructuras, con lo que las soluciones se objetivan, no dependen ya de sujetos particulares, y así se universalizan y perpetúan. Además, al institucionalizarse, la relación anónima libera a cada participante ya que no depende de la voluntad de quien la otorga y por tanto de la aquiescencia del que la recibe al que la da, que a la larga equivale a subordinación. En las relaciones societarias sólo una relación objetivada, en la que están claros de antemano los deberes y derechos de cada uno, y en la que cada uno se atiene a ellos, hace crecer humanamente y personaliza.

Es cierto que caben distintos tipos de instituciones, pero todas han de contemplar relaciones entre seres dignos que se reconocen mutuamente y se atienen a protocolos convenidos por ambos en igualdad de condiciones, y en las que aparezca clara la correlación de medios a fines, de manera que se puedan evaluar y ajustarse para que los consigan más eficazmente.

Si las relaciones están basadas en la fidelidad a la causa que patrocina el líder, que va más allá de la constitución de la república y que en definitiva es fidelidad al líder que la representa, y el funcionario tiene poderes discrecionales para admitir o rechazar al que viene a reclamar un servicio o a participar, esa institución no personaliza ni es idónea para conseguir sus objetivos proclamados. Es una relación estructuralmente corrupta que incluye y excluye arbitrariamente, que discrimina y polariza la sociedad. Aunque no se hayan derogado las leyes que regulan las libertades públicas ni depuesto a los funcionarios elegidos conforme a la ley, ese estado de cosas no constituye ya una democracia. Pero además es incapaz de realizar un estado de justicia. Y menos aún, de dinamizar a la sociedad para que se cualifique y, mediante la emulación y colaboración, logre la competitividad que la ponga a la altura del tiempo y así la haga viable.

Quiero insistir en que una propuesta así no hace justicia al carácter multiétnico y pluricultural de la región porque, dando la vuelta a la tortilla, privilegia a una o unas etnias y culturas y posterga a otras, en este caso la criolla y la occidental mundializada. Pero, más profundamente, no hace justicia ni a las mismas culturas que dice representar porque en realidad las desplaza al subordinar a los sujetos humanos de esas culturas a los dictados del líder y a la ideología de la causa, que, aunque estén revestidos, al menos en parte, del lenguaje y símbolos de esa cultura, los distorsiona al usarlos como mecanismos del poder de una persona y un grupo, y no como lo que vehicula la acción mancomunada, horizontal y libre de los miembros del colectivo.

Quienes auparon un régimen de este tipo pueden apoyarlo un tiempo por la gratificación de verse tomados en cuenta como seres culturales y en parte al menos como individuos particulares.

Pero a la larga los problemas no resueltos se acumulan y llega un momento que la sociedad resulta inviable.

Pero, llegados ahí, se interpone como obstáculo al cambio la junta injusta e infecunda entre pueblo y líder, ambos sobredimensionados, que pugna por perdurar para no soltar sus privilegios. En efecto, el líder está sobredimensionado porque el poder que ostenta no está avalado por su capacidad de gestión sino por la multitud de quienes lo apoyan y el dinero del Estado que administra discrecionalmente, y a su vez una parte considerable de éstos están también sobredimensionados porque ocupan un espacio público muy superior a su contribución a la sociedad, porque el ejercicio del poder no los ha cualificado ni los ha vuelto más productivos. Por eso ambos se necesitan, se apoyan mutuamente y ocupan incesantemente el espacio público y virtual, ejerciendo una presión indebida porque no se corresponde con su contribución a la sociedad.

Entonces la mayoría ve que ha llegado el momento de volver de nuevo al otro polo no superador. Y así iremos dando bandazos, si no hay propuestas que hagan justicia, tanto a la necesidad de institucionalizar la realidad multiétnica y pluricultural que somos, sin desconocer a ninguna de las etnias y culturas, de modo que las optimice a todas y consiga que el país se vertebralice y marche expeditamente, como a la necesidad de colocarnos a la altura del tiempo mundial asumiendo sus bienes civilizatorios con tal prestancia que podamos tener ventajas competitivas y lograr de este modo intercambiarnos abundantemente con otras regiones.

El modo de producción determina el producto. Son cada vez más numerosas las voces del occidente globalizado, incluso de los organismos multinacionales, que insisten a los gobiernos de la región que privilegian el crecimiento y las exportaciones que, si no resuelven el problema de la desigualdad, no van a lograr entrar con pie firme y establemente ya que el problema sin resolver se va convertir en un cuello de botella que no sólo va a entorpecer el crecimiento sino que puede llevar a que la sociedad implote. Ahora bien, no cabe la inclusión de las mayorías en este esquema. Sin la aceptación de nuestra realidad pluricultural como riqueza para el conjunto, no entraremos sostenidamente y con voz propia en el universo mundializado.

Por otra parte, cada vez es más patente que los gobiernos que de hecho están entendiendo la hegemonía de los pueblos como exclusión de los criollos modernizados y los occidentales globalizados están destruyendo el aparato productivo y el tejido social y volviendo inviables a los países. De este modo, al caricaturizar la propuesta de una región pluricultural, empujan al otro polo de la homogeneización desde las pautas de la dirección hasta hoy dominante de la globalización, una dirección inhumana e inviable.

Creo que no es aventurado decir que las personas más lúcidas de estas etnias y culturas populares captan a la vez que tienen que asumir su ser cultural y hacerlo valer y que tienen que asumir los bienes civilizatorios del occidente mundializado, y no ven esta doble tarea como un deber impuesto sino como aquello a lo aspiran desde lo más genuino de sí mismos y por lo que están dispuestos a luchar con todos sus bríos porque en ello les va la vida.

La tentación de los menos lúcidos y menos auténticos es doble: la primera es aspirar a adquirir los bienes civilizatorios del occidente como mercancías que los ponen a valer y no como herramientas con las cuales ellos se ponen a valer desde lo más genuino de sí. La segunda es plegarse al líder que invoca su ser cultural, pero que no los espolea a que ellos lo cultiven como portadores de su cultura que tienen no sólo que conservar sino que llevar adelante a la altura del tiempo, sino que los mantiene como clientes a cambio de su apoyo político.

Caer en ambas tentaciones equivale a no asumir la condición de sujetos humanos cualitativos definiéndose, bien como consumidores de lo que otros producen, consumidores que saben manejar

lo último que sale al mercado, pero que no entienden; bien como clientes de quien actúa en su nombre teniéndolos a ellos en el papel de mero coro, un coro que aplaude y celebra, pero que no hace historia y que, sin embargo, no quiere dejar su papel porque le pagan por desempeñarlo.

No es fácil superar estas tentaciones porque sus promotores son, respectivamente, los que comandan la dirección dominante del occidente globalizado y los líderes carismáticos que proponen el paso de América Latina a una América en la que sea reconocido institucional y simbólicamente su carácter pluricultural. Ambos promotores no se limitan a proponer sino que se imponen, bien por una publicidad seductora que sobrestaura para volvernos adictos, bien por una propaganda falsamente popular que envuelve y chantajea y a la vez avasalladora y connotando un poder que conmina.

Sin embargo, no pocos prosiguen, guiados por ese certero instinto, en su tarea esforzada y creativa de tratar de ser lo que son, cada vez con más prestancia, presentándose ante los criollos tradicionales y los occidentales globalizados desde sus atributos culturales, sin mimetizarse ni acomplejarse, en pie de igualdad, y a la vez cada día son más capaces de estar a la altura del tiempo en esta sociedad globalizada como pez en el agua, sin extrañeza, dominando progresivamente sus códigos y no sólo sabiendo manejar sus aparatos.

El porvenir de América Latina depende de que este grupo se acreciente y camine sin prisa y sin pausa en esta dirección. Para que así sea es muy conveniente y pensamos que hasta necesario que al menos un grupo significativo de latinoamericanos de cultura criolla y globalizada entren en alianza estratégica con ellos, es decir que los ayuden no para mediatizarlos ni por mero altruismo, como en gran medida ha sucedido hasta ahora, sino simbióticamente, es decir para provecho mutuo, poniendo su cualificación profesional y humana en ayudar a que las personas de culturas populares crezcan y den de sí y se trasciendan.

Antes de desarrollar esto último, explanemos el horizonte de los de las culturas populares.

NECESIDAD DE INTEGRAR LAS CUATRO CAUSAS EN UN SOLO MOVIMIENTO HISTÓRICO

No advendrá la tercera época a Nuestra América, si los componentes de las cuatro culturas populares no llegan a comprender la relación intrínseca entre sus respectivas causas. Han de ver sus procesos internos de reforzamiento identitario y de cualificación y sus luchas por el reconocimiento como formando parte de un mismo y único movimiento histórico.

Lo primero fue lo que, por comparación con la formación de Europa, podemos llamar con toda justicia las grandes migraciones. Éstas cambiaron sustancialmente el mapa humano que comenzó con la colonización peninsular y pusieron las bases para el nacimiento de una nueva época. No solamente porque las ciudades cambiaron radicalmente de fisonomía sino porque se dio lugar a un nuevo mestizaje y a una nueva cultura: la suburbana, y porque con el surgimiento del trabajo asalariado, de los partidos de masas y de la educación popular comenzó el fin de la sociedad señorial.

De buenas a primeras parecería que ese éxodo conspiraba en contra de la viabilidad de las comunidades indígenas y campesinas y a corto plazo así fue. Lo que propició fue por una parte el debilitamiento de esas comunidades por la ausencia de sus elementos más dinámicos, y por otra el triunfo de la burguesía sobre los antiguos terratenientes y funcionarios señoriales. El proceso de

modernización exigió la reforma agraria que se realizó en contra de las comunidades indígenas y campesinas.

Sin embargo, los que se fueron a la ciudad en muchos casos no se pusieron de espaldas a las comunidades y siguieron manteniendo con ellas relaciones que provocaron procesos dinamizadores, muchas veces dolorosos, pero que a la larga permitieron pasar de liderazgos rutinarios y del confinamiento en sus lugares, a propuestas innovadoras e interconexiones con comunidades de la misma zona y aun de zonas diversas que dieron lugar a movimientos reivindicativos, hasta el surgimiento de organizaciones y la toma de conciencia de la posibilidad de relanzar su historia y el emprendimiento de acciones encadenadas y progresivas encaminadas a ello.

A través de todo este proceso las culturas tradicionales indígenas, afrolatinoamericana y campesina, se están transformando aceleradamente. Esta transformación equivale a dejar de ser tradicionales, en el sentido preciso de salir de sus ámbitos y tomar decisiones inéditas, teniendo que pensar cosas impensables para sus padres. Incluso el afincarse en contenidos identitarios tradicionales no es ya el fruto de un proceso consuetudinario y semiinconsciente sino el resultado de elecciones actuales plenamente conscientes.

Pero además, al saltar a la escena nacional e incluso a ámbitos más extensos, tienen que hacerse cargo de los otros elementos de la escena nacional y de la orientación y la fuerza de cada uno e incorporar elementos de la modernidad para tratar con las instituciones establecidas, aunque sea para cambiarlas de manera que les den lugar. También exige entablar alianzas con otros grupos, lo que implica conocerlos. Todos esos procesos originan transformaciones muy profundas en los sujetos que los llevan a cabo y por tanto en su ser cultural. Si las transformaciones son genuinas, es decir hechas desde la conciencia de sí y desde lo más profundo de sus dinamismos, no originan una deculturación o aculturación sino el resurgimiento de sus culturas, muy renovadas para que puedan actuar con solvencia a la altura del tiempo.

Estos procesos tienen mayor visibilidad en países o regiones en las que las comunidades indígenas son muy numerosas, tanto absoluta como relativamente. La causa es su mayor heterogeneidad. El proceso, aunque sea muy consistente, no aparece con tanta claridad en el caso de que se trate más bien de comunidades campesinas y/o suburbanas. En ambas lo más visible parecería, más bien, el desgaste por el abandono del Estado que de este modo las entrega en manos de grupos violentos, incluso por su connivencia con grupos modernizados que pugnan cada vez más abiertamente por desplazarlos y destruirlos como culturas. En estas condiciones la subcultura de la pobreza se expande como un cáncer que amenaza con estrangularlas. Sin embargo, aunque acorraladas, están resistiendo y para ello incorporan elementos que las adensan y complejifican. Lo que en estas condiciones van logrando de conciencia, capacitación, convivialidad y organizaciones se convierte en base firme para ulteriores desarrollos. Pero sobre todo, resistir en esas condiciones está llevando a la constitución de auténticos sujetos humanos que son las células no sólo de sus culturas sino de la ciudadanía cualitativamente humana de la tercera época que se inicia.

INMENSOS SACRIFICIOS, PERO QUE NO SACRIFIQUEN LA CONDICIÓN HUMANA

Hay que insistir que el lograr exportar abundantemente y aumentar sostenidamente los índices macroeconómicos no trae por sí solo un aumento de medios de vida y bienestar ni de humanidad cualitativa para los ciudadanos. Tampoco lo logra el conseguir que las culturas hasta hoy subalternas se expresen institucionalmente. Vamos a mostrarlo:

En el esquema dominante, el crecimiento de los índices macroeconómicos se realiza a cambio de la unidimensionalización de los que lo promueven y la exclusión de grandes mayorías y el sacrificio de los que están adentro y abajo. No tener medios para vivir hace muy cuesta arriba el llegar a constituirse como humanos, y progresar a costa de crecientes ventajas sobre la mayoría, deshumaniza.

El que las etnias y culturas preteridas lleguen al poder no da ninguna garantía de que lo desempeñen bien. Puede suceder que por mala conducción se pierdan en la irrealidad y la ineficiencia, desconozcan a los demás como los desconocieron a ellos, y de este modo dilapiden una oportunidad histórica y dejen a los momentáneamente perdedores más convencidos de que son razas y culturas inferiores que no merecen la hegemonía sino que no dan más que para vivir tutelados o para dejar atrás lo suyo y pasarse a la que ellos consideran la cultura más exitosa de la historia.

En la nueva época mundial el punto de partida es la nula igualdad de oportunidades y por tanto el aprovechamiento de las ventajas adquiridas por parte de los que dominan el intercambio para aumentar el desequilibrio, y el dinamismo de las potencias emergentes (sobre todo China e India) que amenaza con destronar a mediano plazo a los triunfadores de hoy, con lo que éstos están cambiando rápidamente las reglas de juego. Estando así las cosas, es cierto que para América Latina entrar en ella exige en cualquier hipótesis inmensos sacrificios, tanto para adquirir los conocimientos de la última revolución y no sólo el manejo de sus instrumentos y sus productos, como para asumir la cultura organizacional imprescindible para manejar competitivamente procesos tan complejos.

En este sentido es cierto que no es sensato hablar al pueblo solamente de sus ingentes necesidades y sus derechos preteridos. No podrá mantenerse, porque no será económica ni por tanto políticamente viable, un estado pluricultural, a menos que todos compartamos prolongados sacrificios. En este sentido tienen razón los que, desde el polo de la necesidad impostergable de asumir la globalización, critican el populismo de los líderes que encarnan la pluriculturalidad, pero que, para ganar y conservar el apoyo del pueblo, sólo le hablan de su dignidad, pero omiten los costos de hacerla valer y sobre todo de ponerla a producir.

Pero también tienen razón estos líderes cuando acusan a los empresarios y a los profesionales mejor pagados, de que ellos piden sacrificios a los demás, pero ellos no están dispuestos a sacrificar sus tasas exorbitantes de ganancia ni a asumir el reto de aumentar la productividad con más creatividad y no acudiendo al expediente fácil de elevar la ganancia a costa de los derechos del trabajo.

Hay que hacer grandes y sostenidos sacrificios, pero hay que hacerlos de tal modo que por su iniquidad no lleven a la deshumanización de quienes los imponen y a la desesperanza de las grandes mayorías. Tiene que verse su progresividad y su sentido y deben dejar energías para

cultivar una vida cualitativa. Ni la división entre una raza de sacrificadores y otra de víctimas ni sacrificios que maten la condición humana.

DE LA DEMOCRACIA OCCIDENTALIZADORA HACIA UNA DEMOCRACIA MÁS COMPLEJA Y MÁS DINÁMICA

Quisiera insistir en un punto que me parece decisivo para entender el proceso que nos ha llevado hasta aquí, pero que tanto los que patrocinan la globalización como los que encarnan el pluriculturalismo se empeñan en negarlo. Se pasó de la fase democrática de la segunda época a la tercera época por el éxito que tuvo la democracia o por lo menos la primera fase de ella. El éxito consistió en sacar de su aislamiento a poblaciones indígenas o negras y más en general mestizas, campesinas. La educación formal, la presencia de los medios de comunicación masivos, el llamado político a participar y las migraciones del campo a la ciudad, que cambiaron el mapa humano de América Latina, supusieron un despertar de esos sujetos, un despertar de envergadura histórica que los llevó no sólo a adquirir muchos bienes civilizatorios y culturales y sobre todo un horizonte histórico dinámico de que carecían, sino también a reavivar con todo ello su propio ser cultural.

Quedó evidenciado que el aislamiento produce un letargo que a la larga lleva a la descomposición y muerte cultural, mientras que la relación intensa, aunque sea en condiciones desfavorables, introduce un dinamismo histórico imprescindible. En la historia no hay marcha atrás. No podemos volver a los últimos imperios prehispánicos. Tampoco, a la configuración hispánica y ni siquiera occidental. El continente necesita reconocer su realidad multiétnica y pluricultural para poner en marcha toda su energía, toda su riqueza, todo su dinamismo. Pero esto no sucederá si fraccionamos el continente para que en cada área se aposente una sola etnia y cultura y se desarrolle cada una aisladamente. Así llegaríamos al aletargamiento de cada una y a su inviabilidad. Tampoco se logrará si, como reacción polar contra la hegemonía de la cultura criolla tradicional, se pretende prescindir de esa cultura y de esa etnia.

Lo que hay que hacer es equilibrar dinámicamente las relaciones. Pero de todos modos hay que tener en cuenta que es menos mala una relación desigual en pugna por la igualdad que la no relación. Y hay que tener bien presente que la relación simbiótica no vendrá por una suerte de armonía preestablecida sino por la acción inteligente e incesante de muchísimas personas de las diferentes culturas, incesante porque nunca se arribará a un estado estable de justicia. Éste habrá que perseguirlo una y otra vez, ya que los dinamismos históricos la desbalancearán incesantemente. No hay, pues, que escandalizarse de la injusticia sino de no luchar siempre porque se restablezca. Pero habrá que luchar de tal manera que no se quiebre el dinamismo histórico, ya que en ese caso perderíamos todos.

Así pues, profundizar la democracia requiere que los ciudadanos ejerzan su condición de tales, que no se limiten a ser representados por quien en la campaña electoral ofrece un espectáculo más fascinante ni por quien ofrece más dádivas. Es decir, que no sean espectadores ni clientes sino actores proactivos que con su continua interlocución responsable crean una opinión pública vigorosa que exige propuestas serias y contrastadas. En este sentido ciudadanos que eligen a quienes realmente los representen y se comprometan a llevar a cabo lo propuesto instaurando mecanismos de control que lleguen incluso a responsabilidades administrativas y penales. Este punto es delicadísimo, ya que la representatividad no puede prescindir de las demandas, hasta hoy insatisfechas, del reconocimiento de la pluriculturalidad; pero tampoco pueden restringirse a eso ya que, como hemos insistido, no puede marchar solo sino que necesita componerse con la

incorporación de la última revolución tecnológica. En este punto la ciudadanía debe presionar para que no triunfen las ofertas unilaterales que acaban siendo irresponsables.

Urge, pues, rescatar la representatividad, que tan mala prensa tiene. Esto implica que los parlamentos sean foros de discusión concreta de personas concretas que representan personalmente a programas y colectivos y que opinan y votan en conciencia y no meros apéndices del ejecutivo o del jefe de la oposición.

Este diseño de la representación excluye la democracia directa en la que el jefe de Estado se transforma en el gobernador de cada Estado, en el alcalde de cada municipio y en el jefe de cada ministerio para decidir directamente cada asunto sumariamente sobre el terreno. Esa seudodemocracia personalista y plebiscitaria conduce a la muerte de los ciudadanos y de las instituciones ya que el único sujeto es el mandatario, que, aunque sea electo, en realidad es un autócrata.

Pero, con ser tan importante, no basta la representación. Es también imprescindible la participación, sobre todo a los niveles municipales y como usuarios de los diferentes servicios. En este campo, sobre todo, debe desplegarse consecuentemente el carácter pluricultural del Estado y aquí cabe el ejercicio consecuente de la pluriformidad, que debe incluir, sin embargo, unos estándares.

ES LA HORA DE LA MEDIACIÓN Y POR TANTO DE LOS MEDIADORES

El drama de América Latina es afincarse sucesivamente en cada uno de ambos polos identitario y globalizador sin encontrar la mediación entre etnias y culturas, y entre la región y el mundo. El drama es ver sólo un problema y sacrificarlo todo a él, en vez de asumir la complejidad y acometerlo todo a la vez o por pasos, pero teniendo en cuenta el conjunto. Abelardo Villegas en un libro paradigmático de los años setenta⁵ sentenciaba que en América Latina sólo había revolución cuando se lograba superar a la vez el colonialismo interno y el imperialismo. Hoy diríamos que la solución de América Latina pasa por constituirse en una región multiétnica y pluricultural en un estado de intercambio simbiótico y emulación, y a la vez por entrar en el concierto de la mundialización con muchas y buenas ofertas para otras regiones, y con la oferta de que el mundo se constituya como ella lucha por institucionalizarse: respetando y dialogando la diversidad.

La mediación no puede hacerse sino desde las diversas orillas y pasa por la fidelidad a todas ellas. Pensar que todos podemos salir ganando, pasa por el encuentro con personas e instituciones de diversas culturas, un encuentro no como bienhechor de los que andan necesitados sino con el convencimiento de que yo también salgo ganando y me enriquezco humanamente.

Hay que recordar que en la historia de América Latina siempre hubo mediadores. Son sus figuras más señeras. Habría que decir incluso que la existencia de la región, a pesar de tantas guerras civiles y entre vecinos y de ser la región con más desigualdades, en lo que tiene de realidad histórica genuinamente humana, es una aventura extremadamente patética de mediación.

Ante todo, la mediación simbólica de la cultura popular, con expresiones tan variadísimas, muchas de ellas enormemente cualitativas y en trance siempre de renovarse, que alimenta a todas las clases sociales y cuya expresión más fecunda sea quizás el catolicismo popular.

⁵ *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*. Siglo XXI, México 1974

Pero también del otro lado, aquellos criollos que a lo largo de la historia han puesto lo mejor de sí en el crecimiento de la gente popular y que así han visto colmadas sus vidas, desde profesionales hasta políticos pasando por literatos y artistas.

Habría que destacar como un elemento configurador de primer orden la mediación tan compleja que constituye la atracción entre etnias distintas que ha existido siempre, provocando tantos dramas y complejidades psicológicas, y que con el advenimiento de la democracia, se han podido expresar cada vez más simbióticamente.

No podría omitir que el poblador suburbano se caracteriza precisamente por el estar-entre el campo y la ciudad, el campo y el barrio, el barrio y la ciudad y entre las heterogeneidades del barrio. Este tipo humano se expresa de modo bien diverso según esté dirigido a la ciudad teniendo el campo y el barrio a la espalda (son las figuras del marginado y del intermediario) o según considere valiosos todos los elementos que lo constituyen mediándolos en sí mismo y en la realidad.

No creo que sea exagerado asentar que lo que la región tiene de diferente respecto de otras regiones del mundo y que puede ser su aporte a ellas, es el hecho del mestizaje étnico y cultural, que está llamado a constituirse en el elemento más sólido de mediación entre etnias y clases distintas. El reconocimiento de esta condición creo que es la base objetiva para superar la polarización actual y aceptar como riqueza nuestra condición multiétnica y pluricultural.

La mayor dificultad para que el mestizo étnico y cultural se acepte como tal es el predominio abrumador de lo occidental, que lleva a cultivarlo en uno tratando de invisibilizar por antifuncional todo lo demás. Es muy explicable que, si lo occidental da dinero y prestigio, la mayoría trate de asimilarlo. Ahora bien, es completamente distinto que asuma lo occidental como uno de los componentes de mi ser humano a que lo asuma desechando lo demás y occidentalizándome íntegramente. Esto último no lleva a hacer justicia a mi propio ser ni por tanto a hacer justicia en los demás lo que niego en mí mismo. Por eso he sostenido que en América Latina la inmensa mayoría, independientemente de su constitución biológica, tenemos, a nivel simbólico, un padre blanco y una madre indígena o negra, y que sólo encontramos el camino superador cuando optamos por la madre, ya que sólo entonces, asumiendo la causa de la madre, a la que sólo se da un lugar subalterno en el reino del padre, optamos por lo mejor del padre y lo mejor de la madre⁶. Ésta es la única mediación que hace justicia a ambos y por eso la única superadora.

En definitiva la pregunta de fondo es hasta qué punto ese predominio de lo occidental es muestra de la superioridad de esa cultura que todos ambicionan poseer o una imposición que priva de muchas riquezas y empobrece la condición humana de la humanidad. La lúgubre, aunque en el fondo esperanzada, aprehensión de Rubén Darío *¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?*⁷ hace pensar en el mito, tan actual y sintomático, de la torre de Babel. Claro que sus fabricantes poseían una técnica que nadie más dominaba, así como una ingente mano de obra y también excedentes alimentarios para mantenerlos, y todo esto son sin duda frutos de excelencia humana. La pregunta es si la empresa era sensata y humanizadora.

No creo que la humanidad pueda subsistir sin mucho de la ciencia, la técnica, la organización e incluso los valores de occidente. Pero también es cierto que los demonios del occidente están a la altura de sus logros y conspiran contra ellos. ¿Podrá salvarse occidente de sus demonios sin la ayuda de otras etnias y culturas? En el caso de América Latina ¿su salvación es la modernización

⁶ *La cultura del barrio*. Gumilla, Caracas 2008, 269-277

⁷ Los cisnes (1905). En *Cantos de vida y esperanza*. En *Poesía*. Biblioteca Ayacucho, Caracas 1985, 263

o su camino es asumir la modernización pero integrándola a otro proceso más vasto y complejo? Ésta es nuestra apuesta.

DISCERNIMIENTO CRISTIANO DE ESTE PROCESO: ES VOLUNTAD DE DIOS.

QUIEN SE OPONE, SE OPONE A DIOS; QUIEN LO SECUNDA HACE LA OBRA DE DIOS

El proceso en marcha hacia la constitución de una América en la que se reconozca la pluriculturalidad desata tremendas pasiones porque remece nuestros sentimientos más hondos, es decir nuestra identidad más secreta, que ni siquiera pasa por nuestra conciencia y que por eso no ponemos en discernimiento. Y, sin embargo, como cristianos no podemos menos que decir que este movimiento, que reivindica el reconocimiento de las diversas identidades, y por tanto la relativización de la cultura occidental y de los occidentales, es voluntad de Dios y que, por tanto, quien se opone a él, se opone a Dios y quien lo secunda hace la obra de Dios.

Esto suena muy duro, porque quienes se oponen son precisamente muchos de los tenidos como cristianos viejos, los de cultura cristiana, ya que el cristianismo ha sido un ingrediente de la cultura de los españoles y portugueses americanos y la institución eclesiástica sigue siendo una de las instituciones de esta cultura. Por eso, si la institución eclesiástica y en ella la vida consagrada no relativizan su estatuto cultural y no absolutizan su referencia al evangelio, son parte del problema y no de la solución.

Sólo el proceso de encarnación kenótica, es decir de echar la suerte con todos desde echarla con los de abajo (“con los pobres de mi tierra/ quiero yo mi suerte echar”, según los versos de Martí⁸), que es la expresión genuina de la vida según el espíritu de Jesús de Nazaret, podrá llevar a superar la sacralización de la vivencia cristiana como occidentales americanos y más en general la sacralización de la condición de occidentales americanos. Esto va tan a contracorriente de muchas sensibilidades que han crecido viendo a los indígenas, a los afrolatinoamericanos, a los campesinos y a los pobladores de los barrios como inferiores, que sólo el encuentro actual con Jesús de Nazaret, un encuentro que nos llegue tan hondo que se convierta en fuente de identidad que relativice radicalmente la identidad cultural, será capaz de superar esas malformaciones para llegar a ver la diferencia como riqueza para nosotros y para ponernos alegremente al servicio de su surgimiento que nos relativiza.

Si no somos capaces de concebir una unidad que se realiza como diversidad mutuamente referida, es que somos meramente personas religiosas, teístas, pero no cristianos. Porque el Dios cristiano es relación que pone la diversidad y la mantiene en comunión. Nuestro Dios no es el monarca divino⁹ sino la comunidad divina: tres personas y un sólo Dios verdadero, como decía el catecismo. Pero no, tres Personas que existen en sí mismas y luego se relacionan; eso sería triteísmo. Es la relación la que, a la vez que pone la diferencia, la mantiene unida¹⁰.

Una sociedad que en Nuestra América mantuvo y mantiene aún la diversidad como subordinación de los diferentes a la cultura (y en el fondo también a la etnia) occidental que sirve de parámetro, no es una sociedad católica¹¹. Este tipo de sociedad, con la que se identificó la

⁸ *Versos sencillos*. En *Obra literaria*. Biblioteca Ayacucho, Caracas 1978,26

⁹ Peterson, *El monoteísmo como problema político*. Trotta, Madrid 1999

¹⁰ Ladaria, *Antropología teológica*. EVD, Estella, 1996, 90

¹¹ No sólo en el sentido confesional sino sobre todo en el etimológico que le sirve de control

institución eclesiástica, no puede aspirar al título de sociedad cristiana¹²; y ésa fue la sociedad colonial, que se concibió a sí misma como una sociedad señorial y eso fueron y siguen siendo las repúblicas señoriales, que se resisten a dar paso a una configuración más ecuménica.

Pues bien, no han sido los cristianos y sus organizaciones los que, reconociendo su error, luchan hoy en Nuestra América por una sociedad multiétnica y pluricultural en estado de justicia e interacción simbiótica sino las etnias y culturas subalternas que ya no se resignan a serlo. Debería darnos vergüenza que nuestro cristianismo sea tan poco denso, que no nos haya llevado a desear la convivencia simbiótica de los distintos. ¿No fue ése precisamente el paradigma de Pentecostés, contrapuesto al de Babel que propugnan hoy las corporaciones mundializadas? ¿Cómo nuestro anhelo no ha ido hacia la afirmación del otro como otro y hacia buscar su reconocimiento por el servicio desinteresado o, mejor aún, hondamente interesado en vivir como hermanos?

Sin embargo, gracias a Dios, no han faltado entre nosotros cristianos que han reconocido a los otros, en nuestro caso los indígenas, los afrolatinoamericanos, los campesinos y los suburbanos, y que también han sido reconocidos por ellos.

¿Cuál es nuestra identidad verdadera, la que de hecho funciona en los momentos en que los movimientos históricos mueven el piso, porque parece que se derrumban evidencias ancestrales? Lo que nos define, la bandera que enarbolamos y por la que estamos dispuestos a hacer sacrificios e incluso a sacrificar a otros ¿es que somos y queremos seguir siendo de cultura occidental y cristiana, cristianos viejos americanos, en definitiva, la versión religiosa de los blancos o blanqueados? ¿Es ésta nuestra identidad?

Un cristiano sólo se puede definir por la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Lo demás son sólo mediaciones que se aceptan o rechazan tanto cuanto contribuyen a expresar y realizar esta identidad trascendente. Más aún, desde el evangelio, esa fraternidad universal sólo se realiza desde abajo, desde la encarnación kenótica. Cristianos son los que siguen a Cristo pobre, los que lo sirven de preferencia en los pobres y los que sirven a los demás desde la perspectiva de los pobres. Pues bien, entre nosotros estos pobres son, sobre todo, los de etnias y culturas tenidas hasta hoy como subalternas. Si no los reconocemos hasta ser realmente sus hermanos, y más específicamente sus hermanos pequeños, usurpamos el nombre santo de cristianos, que no merecemos. Si estamos entre los pobres como bienhechores, somos esos opresores, de cuya figura nos exigió Jesús que nos mantuviéramos completamente ajenos, si queríamos ser sus discípulos (cf Lc 22,25-26).

Hoy está saliendo a luz lo que estaba oculto en los corazones. Hoy se nos pide convertirnos a los de etnia y cultura no occidental. Es la señal más clara de que nos hemos convertido a Cristo, que, de paso, no era, como aparece en los cuadros y pinturas de nuestras iglesias, europeo sino asiático. Se nos pide que veamos como una buena nueva, como ocasión de crecimiento y salvación para nosotros, esa irrupción que busca inequívocamente hacer de Nuestra América una sociedad que reconozca activamente en sus instituciones y símbolos globalizadores, su condición multiétnica y pluricultural en estado de justicia e interacción simbiótica. Éste es el sentido concreto de la pregunta de cuál es mi identidad y cuál quiero que sea. Se abre un ancho y largo camino. Dios quiera que nos animemos a recorrerlo con ellos.

¹² Los que Puebla llama fundadores de la Iglesia latinoamericana (n° 8) tienen de común que ninguno de ellos transigió con la contradicción entre la fraternidad cristiana de indios y españoles unidos por un mismo bautismo y los papeles sociales contrapuestos de señores y siervos.

TAREAS CRISTIANAS ESPECÍFICAS: INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO A CADA CULTURA Y MINISTROS DE CADA CULTURA

Después de haber establecido que los cristianos latinoamericanos somos llamados por Dios a implicarnos en el proceso de establecer esa tercera época, vamos a referirnos a los desafíos específicos que esta nueva época plantea a la fisonomía del propio cristianismo. Son dos: en primer lugar el reconocimiento de las diversas culturas lleva consigo la inculturación del evangelio a cada una de ellas. El requisito para llevarla a cabo es la desabsolutización del catolicismo criollo. Eso en principio es obvio y nadie se atreverá a negarlo. Pero en la práctica, la identificación entre el cristianismo y ese modo consuetudinario de expresarlo es tal que, aunque se afirme el principio, puede desautorizarse cada intento concreto de inculturación porque se lo juzgará desde el paradigma del catolicismo criollo. Sólo la percepción de limitaciones y deformaciones serias en ese catolicismo, puede abrir a las personas a otros modos de vivirlo. Hay que partir de la base de que sólo desde dentro cabe inculturar: desde la pertenencia simultánea al corazón de cada cultura y al corazón del cristianismo. Es decir, que sólo cristianos de cada cultura podrán llevar a cabo la inculturación del cristianismo en ellas. Lo único que pueden hacer cristianos de otras culturas es ayudar fraternamente a alimentar su fe y su vivencia cristiana de modo que en cada una de las culturas haya una masa crítica de sujetos que vivan con profundidad cristiana, porque sólo ellos podrán inculturar el cristianismo a sus culturas y expresar novedosamente el cristianismo desde ellas. Si no se parte de la excelencia cristiana, es decir de personas que vivan genuina y personalmente el cristianismo, de manera que esta vivencia las defina, la inculturación se reducirá a folklore. Si no se da libertad a estas personas para que expresen su fe desde sí mismas, no habrá posibilidad de inculturar la fe. Este proceso es largo. Dura varias generaciones. No se hace por decreto ni al margen del ritmo de la vida y de los acontecimientos.

Esto significa negativamente que la institución eclesiástica criolla está incapacitada para inculturar el cristianismo en las culturas indígenas, afrolatinoamericana, campesina y suburbana. La función que desempeña no la capacita para ello. Eso no se puede hacer desde departamentos criollos de conferencias episcopales criollas al servicio de los católicos de las demás culturas. El papel de la jerarquía no es otro que contribuir a que el mayor número posible de personas de cada una de esas culturas sea cristiano a fondo. Pero ellos no tienen competencia para perfeccionar los modos concretos de expresar esas vivencias cristianas. Eso sólo lo pueden hacer las mismas personas. Incluso las expresiones que la jerarquía vea incompatibles con la fe cristiana no debe sin más desautorizarlas sino debe preguntar largamente si ellos han percibido bien, ya que su percepción se lleva a cabo desde la cultura criolla, que es tan relativa como cada una de las demás y sólo el evangelio es la medida absoluta. Así pues, debe preceder un diálogo muy prolongado en el que los practicantes de esas culturas no son sólo informantes sino cristianos adultos que dan razón de su fe y de su modo de expresarla.

Como juicio de hecho, quisiera insistir que ya existe una masa crítica de cristianos adultos en cada una de las culturas populares que vive genuinamente su cristianismo y por tanto que al vivirlo pone en funcionamiento lo más vivo de su propia cultura. Ahora bien, lo normal es que lo vivan sin tener conciencia de que están viviendo un cristianismo inculturado. Tienen que ser ayudados a percatarse de lo que viven para que puedan custodiarlo, profundizarlo y, sobre todo, proponerlo expresamente a los demás cristianos de esa cultura para que sea asumido por ellos como su modo de ser cristiano. Las expresiones que van más allá de la cotidianidad, sobre todo las de

devoción, están más estudiadas, pero a nivel antropológico, no tanto a nivel de vivencia cualitativamente cristiana. El problema está trancado a nivel litúrgico, ya que aunque en principio se afirma la inculturación, en la práctica se rechaza todo intento serio de llevarla a cabo.

El segundo reto es consecuencia del anterior y como su corona ya que el proceso de inculturación pide que los ministros consagrados sean no sólo de cada una de las etnias sino también de sus respectivas culturas. Dicho concretamente, si antes de veinte años no hay un número suficiente de indígenas, afrolatinoamericanos, campesinos y suburbanos que sean curas e incluso obispos en sus respectivas culturas, lo que implica adquirir la solvencia necesaria sin pasar por el seminario, el catolicismo será una magnitud residual, y lo será por nuestra infidelidad a lo que el Espíritu dice a las Iglesias.

Al insistir en que los que se preparan para curas en las culturas populares no pueden hacerlo en seminarios, nos referimos a los seminarios tal como funcionan hoy, que pertenecen la cultura criolla y por eso para los de culturas populares se convierten en una especie de orfanatorio cultural que los clericaliza, ya que al quitarles sus propias culturas no les queda más identidad que la de clérigos que es una subcultura de la cultura criolla.

Insistimos en que la inculturación del cristianismo a cada cultura sólo la podrán llevar a cabo personas de esa misma cultura, que además tengan asimilado el cristianismo en un grado realmente excelente, ya que, si no es así, lo que nacerá no pasará de manifestaciones culturales con motivos cristianos, y no llegará a ser una versión nueva del cristianismo y a la vez una transformación recreadora de su cultura.

Tenemos que reconocer que, si ya la inculturación es muy problemática porque, aunque en principio el Vaticano II haya roto con la sacralización de la cultura occidental y haya posibilitado la inculturación del evangelio a las demás culturas, todavía las resistencias por parte de la autoridad central vienen impidiendo que se lleve a cabo la inculturación, es más fuerte aún la sacralización del talante occidental de los ministros ordenados. En América Latina la institución eclesiástica, incluida la Vida Consagrada, es criolla, es decir occidental americana (cuando no es occidental a secas), y no se ven indicios de que esté dispuesta a dar lugar a la conformación de ministros de las demás culturas.

Por eso asumir este desafío implica para los miembros de la institución eclesiástica dar lugar para que en la Iglesia quepan otros tipos de ministros ordenados, es decir que se llegue a ordenar a miembros de esos conjuntos, que renueven su cultura desde la asunción a fondo del evangelio y que a la vez expresen el evangelio novedosamente al expresarlo en las claves de su cultura. Lo mismo podemos decir de la vida consagrada, que como es carismática, no sólo permite sino pide que en cada época y en cada cultura el mismo carisma tenga distintas concreciones, ya que si la ley homogeneiza, el carisma diversifica y, a la vez, mantiene en comunión lo diverso.

Sólo un amor muy grande, por parte de los actuales responsables, al Evangelio y a esos hermanos suyos en cuanto seres culturales y espirituales, a la vez que el reconocimiento humilde de que ellos no pueden inculturar el evangelio a esas culturas que no son las suyas, y que el tiempo (y el Señor de la historia) pide hacerlo, puede proporcionar la audacia para propiciar ese proceso, que, insistimos, no está bien visto por el centro de la comunión católica, que debería reconocerlo y estimularlo.

Claro está que el paso previo elemental es el reconocimiento de las cuatro culturas populares que conviven en la región y, con distintos énfasis en cada país, y el reconocimiento de que es el Señor el que pide reconocerlas incluso institucionalmente.

Sólo una Iglesia que se meta de lleno en este fecundo Pentecostés, podrá contribuir desde dentro a que efectivamente la región, que es multiétnica, exprese en sus instituciones y en sus símbolos su carácter pluricultural, lo que constituye un signo de los tiempos y es claramente voluntad de Dios.